

Ramón la Ciencia de los astros cuando con tan inadvertida despreocupación se mostraba al natural, sin cuidarse siquiera de refrescar sus recuerdos.

No evoco yo estos mios ahora sino para poner en relieve dos aspectos de la extraordinaria personalidad de D. Ramón: la autenticidad de su vocación de Maestro y los vastísimos conocimientos que hacen de él un verdadero sabio.

Ramón María Aller Ulloa nació en Filgueiroa (Lalín) en 1878. Su partida de nacimiento refiere este hecho a la noche del 2 al 3 de febrero; pero tal ambigüedad resulta inadmisiblemente al esbozar la biografía de un astrónomo. Conviene, pues, precisar algo más. Ramón María Aller nació a las 0 horas 30 minutos del día 3 de febrero.

En 1888 inició con los PP. Jesuitas sus estudios de bachillerato, en el Colegio que lleva el nombre del Apóstol Santiago, entonces establecido en La Guardia. Desde el primer momento, Aller se hizo notar entre sus condiscipulos por sus dotes intelectuales y humanos. Sus notas fueron siempre excelentes. En 1894, obtenido ya el Título de Bachiller, ingresó en el Seminario de Lugo, donde permaneció por espacio de 3 años. Este período de su vida es significativo para nosotros, pues señala el comienzo de la dedicación astronómica de D. Ramón Aller. A la vista de su afición por la Astronomía, su padre comprendió que no se trataba de una inclinación transitoria, sino de una vocación decidida, incoercible, que era conveniente favorecer. Con este propósito le regaló su primer instrumento astronómico: un teodolito-pantómetra francés. La comprensión paterna ante esta afición del joven seminarista, alejada, en principio, de su dedicación profesional, no puede sorprender cuando se sepa que respondía a una predisposición hereditaria. Su padre, en efecto, mostró siempre dotes singulares para las aplicaciones técnicas y era un mecánico de rara habilidad. Tanto, como para ser capaz de construir por sí mismo un plano, dos armoniums y dos violines.

En 1896 la vocación astronómica de D. Ramón se fortalece con una adquisición nueva. Por empeño de su abuela materna se le regala un antejo de 67 mm. de abertura y 105 cm. de distancia focal, provisto de un trípode muy ligero; pero suficientemente estable. El aparato había sido fabricado por la casa Ducretet & Lejeune, de París, y era de calidad excelente. Venía equipado con dos oculares, uno terrestre, capaz de 35 aumentos, y otro celeste, de Huygens, capaz de 80. El objetivo del instrumento, aunque de muy modesto formato, había sido ejecutado con primor y suministraba magníficas imágenes. ¡Es, pues, fácil de imaginar con cuánta emoción el joven astrónomo lo dirigiría por primera vez al firmamento para contemplar más de cerca las maravillas con las que ya estaba familiarizado en otra escala!

Mientras estas experiencias de sus vacaciones dejaban su peso en la mente de D. Ramón, éste proseguía sus estudios eclesiásticos, si bien ya no en Lugo, sino en Santiago, en cuyo Seminario se licenció y doctoró en Teología. Al recibir el último título, contaba escasamente 21 años. En 1900, previa la dispensa de edad, le fueron conferidas en Lugo las últimas órdenes y celebró su primera misa.

Desde este momento, realizado su ideal de consagrarse al Sacerdocio, siente más apremiante que nunca su vocación de astrónomo. Sin reparar en dificultades, inicia



El viejo edificio del Observatorio; entrada principal. A la derecha, las cúpulas móviles. (Foto Gabriel)

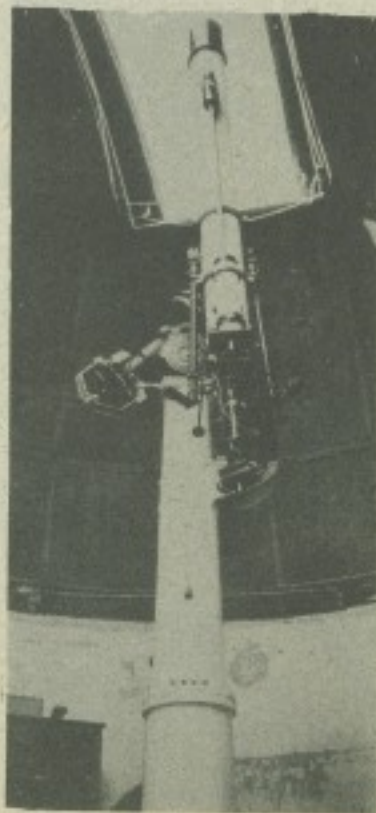
en Oviedo, por enseñanza libre, los estudios de Ciencias Exactas, que hubo de terminar en Madrid en 1906. Tanto en el Grado de Licenciatura como en el Doctorado mereció el Título a Mérito. Este esfuerzo adicional que se imponía D. Ramón no tenía otro objeto que pertrecharlo debidamente para su consagración total —ya decidida— a la investigación astronómica. Por entonces, los instrumentos capitales para fundar un pequeño observatorio estaban ya en sus manos. Gracias a la generosidad de la Srta. María Lojosa Sánchez D. Ramón pudo disponer de un espléndido teodolito, construido en 1902 por Troughton & Simms de Londres. Aunque de modesta abertura (objetivo de 38 mm. de diámetro) e insuficiente para planes más ambiciosos, el aparato ha cumplido misiones importantes por espacio de medio centenar de años. Sus círculos de 127 mm. de diámetro, divididos de 10 en 10 minutos, y leídos por pares de microscopios con tornillos micrométricos, permitían estimaciones de 1". Era, pues, un buen principio para el Observatorio que alboreaba. Junto a él se colocó pronto un antejo apocromático de Steinheil con objetivo de tres lentes, 108 mm. de abertura y  $f/D = 10$ . A pesar de su calidad, los medios con que contaba el incipiente Observatorio no podían ser más humildes. Ello no fué obstáculo para que, supliendo a todo el entusiasmo del astrónomo y su tesonera vocación, pronto los nombres de Aller y de Lalín comenzaran a tener resonancia. Demostrando una vez más la exactitud del aserto de Barnard según el cual "la pieza principal del telescopio es la que está detrás del ocular", revistas astronómicas españolas y extranjeras publicaron valiosas observaciones efectuadas en el que el propio D. Ramón llamó "minúsculo Observatorio (al'nense)". Desde 1912, en que aparece el primer trabajo "Observaciones del cometa de Joannesburgo" en el Anuario del Observatorio de Madrid, el P. Aller se hace asiduo colaborador de las más prestio-

sas publicaciones astronómicas. Cerca de un centenar de artículos, (y una veintena en lengua extranjera), son el fruto de su constante observación del cielo.

Por estas fechas, dos acontecimientos importantes se registran en la vida del Dr. Aller. Redacta su *Algoritmia*, vasta síntesis de Análisis matemático sugestivamente expuesta según un sistema muy personal, que verá la luz en 1918; y se traslada a Castro Urdiales para dirigir el Observatorio que Don Luis de Ocharan Mazas había erigido en aquella población. Allí permanece media docena de años, entregado a sus tareas con la misma intensidad que siempre. Em-

prende una investigación importante y original: fotografía, con objetivos de diversa permeabilidad a radiaciones de diferente longitud de onda, una misma región del cielo con el fin de determinar los cambios que pudieran registrarse en la placa. Por este medio hubiera obtenido entonces informaciones similares a las que proporcionan hoy los índices de color. Pero, por desgracia, sus indagaciones sufrieron interrupción y luego, tras la muerte del Sr. Ocharan, los resultados obtenidos no pudieron darse a conocer. Vuelto a Lalín en 1920, D. Ramón no estaba en condiciones de proseguir estos importantes estudios por carecer de los instrumentos adecuados. Lo abandona, pues, no sin sentirlo, para reemprender, con el habitual rigor, sus observaciones visuales.

Llegamos así al año 1925, fecha importante para el Observatorio de Lalín, el que, al enriquecerse con un refractor ecuatorial de Steinheil, adoptará su forma definitiva. Desde hacía tiempo, D. Ramón venía soñando con un telescopio que le permitiera desarrollar su programa de observaciones. El elevado coste de los instrumentos astronómicos ponía, sin embargo, la realización de sus deseos fuera de su alcance. Por fin, gracias a un afortunado concurso de circunstancias, pudo disponer de la cantidad necesaria para construir el edificio indispensable y adquirir el nuevo ecuatorial. Verdad es que sacrificó para ello su fortuna particular; pero en su balanza de preferencias no cabía otra opción, porque la Ciencia pesaba mucho más que el dinero. La posesión de un telescopio como aquél constituía una ilusión íntima de su vida. ¡Cuántas veces lo había meticulosamente planeado! A los discípulos de D. Ramón nos son familiares planos prodigiosos, superiores a toda ponderación, que contenían diseños de los instrumentos con que soñaba. Yo guardo como un tesoro unos pocos, y jamás he visto cosa semejante. No es raro, pues, que la casa Steinheil, en gracia a las sugerencias del as-



El telescopio de don Ramón, dirigido hacia el cielo de Santiago.—(Foto Gabriel).